

# DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO, CICLO C

JORNADA DEL DOMUND

ORAR SIN INTERRUPCIÓN

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Eclesiástico 35, 15b-17.20-22<sup>a</sup>; II Timoteo 4, 6-8. 16-18; Lucas 18, 9-14



1. La importancia de la misa dominical y de los días festivos, en la vida de la Iglesia y en la vida de cada cristiano, está fuera de toda duda. Hay, sin embargo, católicos que por causas no suficientes, o simplemente porque no les apetece, viven el Día del Señor o las Fiestas de precepto sin participar en la Eucaristía. En ella no sólo hay gracia de Dios, sino que está realmente presente el autor de la

gracia, como viene a enseñar santo Tomás de Aquino.

Coincidiendo con este domingo XXX del tiempo ordinario, celebramos la Jornada Mundial de la Evangelización de los pueblos, el DOMUND. El lema para este año, en España, es *Sal de tu tierra*. Es el mandato de Yavé Dios a Abrahán, para que saliera de su tierra y fuera a la tierra prometida. Dicho mandato está permanentemente actualizado por los discípulos misioneros, que hacen realidad la repetida expresión del Papa Francisco: *una Iglesia en salida*. El Año Santo de la Misericordia, en el que nos encontramos, ilumina de modo especial la Jornada Mundial de las Misiones 2016. Nos invita a ver la gran tarea de la Evangelización de los pueblos como una inmensa obra de misericordia, tanto espiritual como material. Y nos recuerda que todos estamos llamados a *salir*, como misioneros, llevando el mensaje de la ternura y de la compasión de Dios a todos los hombres, allí donde nos encontremos. Cada cual según los talentos recibidos del Señor.

2. Los que no somos misioneros en países de misión también hemos de *salir* con nuestros donativos generosos y con nuestra oración verdadera por las misiones, en esta Jornada y a lo largo del año. Precisamente la oración es el tema del evangelio de este domingo, en el que se relata la parábola del fariseo y del publicano. Hay en ella una enseñanza llena de luz. Es que puede haber una piedad falsa, al orar, que se contrapone a la verdadera piedad en la oración. Piedad falsa, sin lugar a duda, es la del fariseo, que da gracias a Dios, pero su acción de gracias es sólo un pretexto para alabarse y complacerse a sí y en sí mismo por lo bueno que dice ser, exigiendo a Dios, además, que se lo recompense. Su piedad necesariamente no podía agradar a Dios. Por eso no salió del templo justificado.

El publicano, en cambio, sí bajó justificado a su casa, porque tiene conciencia de que ha ofendido a Dios y se siente culpable. No se compara con nadie, se reconoce pecador, pide perdón, golpeándose el pecho, e implora a Dios, diciéndole: *¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador*. Y Dios, que *rechaza a los soberbios y da su gracia a los humildes*, aceptó la oración del publicano, bajando justificado a su casa. Su piedad era la verdadera, estaba fundamenta en la humildad. Así ha de ser nuestra oración por las misiones.

3. La oración es en la vida del cristiano tan necesaria como la respiración para poder vivir. Quien no eleva su corazón a Dios para hablar con Él, no puede ser buen cristiano y difícilmente vivirá una vida cristiana coherente y comprometida. Es, por ello, por lo que el apóstol Pablo nos dice: *orad sin interrupción* (I Timoteo); *quiero que oren en todo lugar* (I Timoteo); *orad en todo tiempo* (Efesios).

Pero esa oración nuestra sin interrupción, en todo lugar y en todo tiempo hemos de hacerla con humildad, como el publicano, y con confianza y perseverancia, al igual que el pobre del que nos habla la primera lectura. Qué bonitas son estas palabras de San Josemaría: *Hoy he vuelto a rezar lleno de confianza, con esta petición: Señor, que no nos inquieten nuestras pasadas miserias ya perdonadas, ni tampoco la posibilidad de miserias futuras: que nos abandonemos en tus manos misericordiosas; que te hagamos presentes nuestros deseos de santidad y apostolado...* (Forja 426).

4. Pablo, anciano, en la cárcel y en espera de la sentencia de muerte, aparece, en la segunda lectura, como el hombre de fe fuerte, sólidamente cimentada, operativa y constante. El hombre que, a pesar de que su vida pueda parecer un fracaso, como fruto de la gracia de Dios, de su esfuerzo personal por ser fiel y de su vida de oración sin interrupción, puede afirmar sin lugar a engaño: *ahora me aguarda la corona merecida, con la que el Señor, juez justo, me premiará en aquel día*.

Un Pablo, por mucho que se hubiera movido, sin oración *humilde, perseverante, sin cesar, en todo tiempo y en todo lugar*, no hubiera llegar a esa certeza moral que reflejan las palabras que hacen referencia a su destino final. Si Pablo llegó a ser San Pablo fue porque *la oración es el arma más poderosa del cristiano. La oración nos hace eficaces. La oración nos hace felices. La oración nos da toda la fuerza necesaria, para cumplir los mandatos de Dios. — ¡Sí!, toda tu vida puede y debe ser oración*. (Forja 439).

5. Que la Virgen meta en lo más hondo de nuestro corazón un intenso espíritu misionero y un amor grande, junto con una fidelidad constante, a la oración en la vida nuestra de cada día.